

Rafael Santos Torroella: «Nuevas obras de Subirachs», *El Noticiero Universal*, 12 de diciembre de 1978, p. 21

Otra galería, en la parte alta de la ciudad, viene a sumarse a las que contra todo pronóstico han seguido abriéndose en esta temporada, incluso con mayor prodigalidad que en otras anteriores. Acogida al nombre de Olga Sacharoff, como homenaje a la inolvidable pintora rusa que tantos afectos supo granjearse entre nosotros, la nueva galería tiene, en consonancia con tal tributo, sencillez de buen tono, gustosa y recatada intimidad. Que invite más a ésta que al deslumbramiento aparatoso o efectista, me parece un rasgo plausible; tanto más, cuanto que los excesos en sentido contrario siempre inducen a la sospecha de falaciosas manipulaciones.

En el indicado ambiente y su discreto espacio se nos brinda una exposición de obras de Subirachs, esculturas y dibujos recientes, que encuentran en ellos la atmósfera más propicia para que sean bien valoradas por el visitante. Porque se trata, precisamente, de obras en las cuales cuenta mucho también la intimidad, en este caso la intimidad creadora, como producciones que son un tanto como de laboratorio, sin previo encargo de destino monumental. Vemos, pues, aquí al escultor entregado a sus personales indagaciones e ideaciones, siguiendo el hilo de sus pensamientos en ese su constante cavilar en torno a los valores plásticos en sí y a las posibilidades que a través de ellos se le ofrecen para conferir la máxima sobrecarga significativa a las formas y materias a través de las cuales aquellos actúan.

La escultura de Subirachs –y, repito, es en obras de taller como éstas donde mejor se advierte– se halla animada por una marcada tendencia a quebrantar los límites que atenazan, como en compartimientos estancos, al lenguaje de las formas y su contenido expresivo: límites entre pintura y escultura, entre espacio y tiempo, entre perspectiva física y anímica, entre primeros y últimos planos, lo mismo reales que simbólicos. Pero ese quebrantamiento no implica una ruptura definitiva, sino, por el contrario, una inmediata integración a más alto nivel de esos límites mismos que inicialmente se propuso transgredir. Así lo vemos en todas las piezas que ha traído a esta exposición, donde la piedra, el bronce o el hierro se combinan entre sí, a la par que aquí o allá con planos pintados al óleo, muy bellamente por cierto, casi con

los artesanos fervores de un primitivo hispano flamenco. En otra instancia, Subirachs conjuga el relieve con el volumen exento, haciendo que aquél, al reflejarse en una superficie pulimentada contigua, en cierto modo «gire» ilusoriamente; como del mismo modo combina la forma exterior con la interior, el contorno con el dintorno, las masas con los vacíos. Y aún, en otra superior instancia, ésta referida al contenido expresivo de las piezas, imprime unas variaciones traslaticias a la imagen, de modo que su presencia real se amplíe a una profunda significación metafórica, en general polarizada entre Historia y Eros, como dialéctica de un devenir en cuyas encrucijadas se inserta lo más radical –lo más perentorio, tal vez- del arte mismo.

En torno a esas directrices, o en virtud del engarce de los mencionados niveles, las actuales obras de Subirachs representan tanto una reflexión como una creación. Y el que así sea, con la suma de ingenio que supone el hallazgo de las felices soluciones que nos propone, comporta un elemento lúdico que cobra en ellas convincente categoría estética. Porque es, precisamente, ese elemento de juego imaginativo el que les comunica un especial toque de gracia que las pone a cubierto de los dos mayores peligros que podían rondarlas: la artificiosidad formalista, de una parte, y el calenturiento y empecinado tematismo, de otra. Pero Subirachs, aunque sigue bordeando riesgos así, hace tiempo que sabe ya cómo librarse de caer plenamente en ellos.